

## CAPITULO XVII.

La embarcación de Cortés se vara en unos arrecifes.—Retardo en llegar á Habana, la Vieja.—Bandos en la armada.—Llegada de Cortés.—Recibe carta de Velásquez.—Ordaz intenta prender á Cortés.—Fracasa en su designio.—Cortés sale de Habana la Vieja, para el cabo de San Antonio.

Todos los buques seguían el derrotero marcado; pero en la noche, se perdieron de vista recíprocamente, y el buque de Cortés encalló en unos bajos. Con este accidente, se atrasó mucho, y todos llegaron ántes que él á la Habana. Llegó Pedro de Alvarado con algunos soldados que había despachado por tierra;<sup>1</sup> llegó Juan de Escalante de la banda del norte; llegaron, por fin, todos los demás buques, y el de Cortés no parecía, ni se tenía noticia de él. Se le creía ya ahogado ó naufrago: las divisiones fermentaban, empezaban á nacer aspiraciones á sucederle, y ya se diseñaban diversos bandos, proclamando á éste ó á aquel caudillo, cuando por fortuna se avistó su buque. En efecto, había estado en grave riesgo de perderse; mas quiso su buena suerte que saliese sin daño de aquel atolladero, y, lo que es más, que llegase siempre oportunamente á la Habana; porque apenas había arribado á este puerto, y aposentándose en casa de Pedro Barba, alcalde mayor, cuando llegó un mensajero de Velás-

<sup>1</sup> Bernal Díaz, *Conquista de Nueva España*, capítulo 23.

quez llamado Gaspar de Garnica. Trajo una carta para Cortés, acaso respuesta de la que éste había puesto á Velásquez desde Trinidad: en ella, le rogaba el Gobernador amigablemente no saliese á la expedición, sino que le aguardase en la Habana, porque quería conferenciar con él sobre cosas de grande influencia para el buen éxito de su viaje. Otra carta trajo para Diego Ordaz muy secreta, en que Velásquez le ordenaba que prendiese á Cortés, y detuviese la salida de la expedición. Las órdenes de Velásquez eran terminantes, y esta vez Ordaz estuvo inclinado á obedecerlas; mas las circunstancias habían cambiado, y la autoridad y dominio de Cortés se había acrecentado de tal manera, que todos á porfía le mostraban adhesión, y parecían satisfechos de que fuese su jefe. No era, pues, fácil desafiar su poder frente á frente, y más conociéndole todos hombre valiente y esforzado, no ménos que listo y sagaz para cualquier evento.

En vista de esto, no quiso Ordaz aventurarse á ejecutar la prisión abiertamente, é imaginó tenderle una red, pensando que en ella sin duda caería; pero no contaba con la perspicacia del hombre con quien trataba. Avisado y penetrativo por naturaleza, tenía además en esta ocasión, la ventaja de haber sido prevenido de la trama que contra él se urdía: Bartolomé de Olmedo, su capellán, había recibido carta de otro fraile amigo suyo de Santiago de Cuba, en que le comunicaba sigilosamente las órdenes trasmitidas por Velásquez á Ordaz.

Cortés había festejado mucho la llegada de algunos capitanes más que se le habían unido, y, aprovechando esta circunstancia, Diego de Ordaz juzgó

el momento oportuno para apoderarse de Cortés. Con este objeto, preparó á bordo de su buque un banquete magnífico, y lo dedicó especialmente á Cortés. Todo lo dispuso con magnificencia y esplendidez, como que se trataba de festejar al jefe de la armada, que ya entónces se daba aires de gran señor, y no recelaba de ostentar su autoridad, si bien, acompañada de cierto donaire y benevolencia que á él sentaba perfectamente, y á todos satisfacía. Fueron convidados todos los jefes del ejército y la marina, los funcionarios de la ciudad y los hombres más prominentes de la pequeña población; y para honrar más á Cortés, se ideó nombrar una comisión de personas notables, que, el día del convite pasase á casa de Cortés, y le acompañase con músicas, en un bote empavesado, para trasportarle al navío en que debía celebrarse la fiesta.

Cortés, ya prevenido, tuvo noticia del banquete y de sus espléndidos preparativos; midió discretamente sus palabras, y nadie pudo sospechar que él supiese lo que se tramaba; al contrario, alentaba el entusiasmo para la fiesta, se mostraba muy contento de ella, y no ocultaba la satisfacción que decía sentir por los homenajes que se le rendían: Ordaz se gozaba ya con el éxito que había de coronar su trabajo, y se aplaudía interiormente de lo bien combinado de su celada. Llegado el día y la hora del banquete, comenzaron las músicas, se avivó el alborozo, y el entusiasmo casi no tenía límites, porque la ciudad toda había tomado parte vivamente en la fiesta. Los comisionados nombrados para acompañar á Cortés tenían listo ya el bote junto al muelle, y se trasladaron á su casa para invitarle á

embarcarse. Cortés los recibió con noble finura, mas, deshaciéndose en mil excusas, expresó que le había acometido repentina indisposición de estómago; que agradeciendo sinceramente el obsequio, y con infinitos deseos de asistir, se veía imposibilitado de concurrir á él, por su inesperada desazón. El bote llevó á los comisionados; pero no á Cortés.

Muy contrariado quedó el Capitán Ordaz; pero ocultó su sinsabor, y celebró la fiesta como pudo.<sup>1</sup> Al día siguiente, recibió órdenes de Cortés de adelantarse con su buque al Cabo de San Antonio, y, con los que allí estaban, esperar el resto de la armada para navegar en conserva hasta Cozumel. Ordaz nada pudo hacer sino obedecer, avergonzado dentro de sí mismo de haber fracasado en su intento, que creía completamente ignorado de Cortés. Este, á su vez, si bien quería alejarlo de su lado en aquellos instantes, no quería pelear abiertamente con él, ni privarse del auxilio suyo y de sus amigos en la lejana y riesgosa empresa que iba á acometer. Le conocía entendido capitán, valiente soldado, y su cooperación nunca podría ser despreciable, fuera de que un conflicto con Ordaz le hubiera criado tropiezos graves en su propósito de partir inmediatamente de Cuba. Por esto disimuló cuanto pudo, y, libre de Ordaz, le fué posible hacer que todos los planes de sus enemigos fracasasen.

Conocedor de los hombres y del corazón humano, procuró dar gran realce á su persona y casa, tratándose como hombre noble y rico, nacido en brocados; pero, al mismo tiempo, en sus relaciones

<sup>1</sup> *Vida de Cortés*, pág. 355.—Las Casas, op. cit. tomo IV, pág. 457.—Herrera, *Década* II, pág. 82.

omitía toda altanería y afectación, hablando á todos con naturalidad y sencillez, mostrándose afable, ofreciendo dádivas, recompensas y honores, y prometiendo riquezas, tierras y haciendas en las comarcas que iba á conquistar.

La perspectiva de un porvenir lisonjero, la ambición despertada, las conversaciones sagaces de Cortés, le hacían popular, y embotaban todos los dardos de Velásquez. Las órdenes de éste, como en la villa de Trinidad, no fueron cumplidas ni por el alcalde Pedro Barba, ni por los parientes y amigos del Gobernador; todos se deshicieron en excusas, pero nadie fué osado de prender á Cortés. Por otra parte, éste, si bien firme en acelerar su partida, evitaba toda apariencia que pudiese hacer sospechar que sería desleal en el cumplimiento de su encargo. Escribió una muy sentida carta á Velásquez, en que, con buenas y agradables palabras le prestaba acatamiento, y le comunicaba que al otro día se daría á la vela.

Así lo hizo: salió el 10 de Febrero de 1519 de la villa de San Cristobal de la Habana, en la costa del sur de Cuba, y fué á reunirse con Ordaz y los otros compañeros que le esperaban en el pueblo de Guaniguanico, ubicado en el cabo de San Antonio. La flota se componía de once buques, y á su bordo iban ciento diez marineros, quinientos cincuenta soldados, doscientos ó trescientos indios é indias embarcados clandestinamente para el servicio del ejército, varios negros, y veinticuatro caballos. Iba por jefe de la expedición Hernan Cortés, y por capitanes de las once compañías en que dividió su ejército, Alonso de Avila, Alonso Fernández Portocarre-

ro, Diego de Ordaz, Francisco de Montejo, Francisco de Morla, Francisco de Salcedo, Juan de Escalante, Juan Velásquez de León, Cristobal de Olid y Escobar.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Francisco López de Gomara, *Conquista de México*, pág. 301.